



TRABAJAMOS COMO HOMBRES Y ENCIMANOS PAGAN **MENOS**



PROF. DIANA ELIZABETH HAUGG



FOTOGRAFÍA
AMADEO
Juan

*En la foto se observa a una mujer cosechando,
acompañada de su hija (extremo izquierdo).*



L

A PRODUCCIÓN CIENTÍFICA HA DESARROLLADO UN AMPLIO Y VARIADO REPERTORIO DE INVESTIGACIONES EN TORNO AL PAPEL DE LAS MUJERES EN EL AGRO ARGENTINO Y LAS DIFERENCIAS BRUSCAMENTE VISIBLES ENTRE LOS VARONES Y LAS MUJERES DENTRO DEL MUNDO RURAL. A RAÍZ DE ELLO, EL ARTÍCULO INTENTA DAR CUENTA DE QUE, LAS SITUACIONES DIFERENCIALES DE LOS TAREFEROS Y TAREFERAS, EN EL MERCADO LABORAL YERBATERO COSECHERO, NO SON PRODUCTO DE UN DESTINO BIOLÓGICO, SINO MÁS BIEN, CONSTRUCTOS SOCIALES, LOS QUE, REPERCUTEN EN PRÁCTICAS Y REPRESENTACIONES DESVALORIZADAS DEL TRABAJO FEMENINO. LAS REPRESENTACIONES SOCIALES EN TORNO A LO FEMENINO GENERA DISPOSITIVOS INCONCIENTES DONDE SE CREE QUE LAS MUJERES DEBEN ABOCARSE A OCUPACIONES ASOCIADAS A SU GÉNERO/SEXO: “TRABAJOS LIVIANOS”, “SENSIBLES”, “DELICADOS”, ENTRE OTROS. Y LOS VARONES A “TRABAJOS PESADOS”, “BRUSCOS”, “DESPROLIJOS”, Y DEMÁS. ELLO, REPRESENTA AL TRABAJO DE COSECHERO EN LOS OBRAJES YERBATEROS COMO *UN TRABAJO DE HOMBRES*, DONDE LA TAREFERA NO ES TAREFERA SINO TAREFERO. EL ESTUDIO DE CASO SE REALIZÓ EN BARRIOS PERIURBANOS DE OBERÁ, MISIONES, ARGENTINA.

La región que estructura el más extenso de los mercados laborales de yerba mate, es la Provincia de Misiones, especialmente en su sector primario. Se estima que la actividad de cosecha de yerba mate moviliza entre 15.000 y 30.000 cosecheros por temporada (Rau, 2012). En dicha actividad participan, niños, mujeres y varones en similitud de condiciones de explotación, debido a su pertenencia a la clase social más explotada de la cadena productiva del mercado laboral yerbatero.

En la revisión de estudios y fuentes de información histórica relativos a la investigación de los asalariados agrícolas conocidos como *tareferos*, no se han encontrado estudios directos referidos a cómo vivencian su cotidianeidad los "niños", las "mujeres" y los "varones" *tareferos* que pertenecen a una misma clase social pero con claros condimentos de desigualdad de acuerdo a su sexo, su edad o su etnia.

En este caso, interesa inquirir en la situación de las *Mujeres Tareferas*, puesto que ellas están presentes en una región histórica, social, cultural, política y económica que no las aborda como sujetos partícipes de su propia realidad, donde la tarea no es tarefera sino tarefero.

Se vuelve imperante esclarecer que, en la división sexual del trabajo existen segmentaciones genéricas visibles dentro del entramado de relaciones sociales de los asalariados agrícolas, en los cuales las mujeres tareferas vivencian una realidad particular porque «*ser mujer ha implicado tener un tipo particular de experiencia social, y por ende, histórica*» (Kelli, 1999:20). Por consiguiente, no hay tareas típicamente femeninas ni masculinas, sin embargo, en el ámbito laboral yerbatero, las mujeres son sujetos sociales que se encuentran con una mayor dificultad para hacer valer su fuerza de trabajo, debido a que el mercado de trabajo es un espacio productivo-laboral anclado en la cultura hegemónica masculina, lo que produce desigualdades al género femenino.

En tal sentido, en el "tiempo largo" de la historia del trabajo en los yerbales (lo permanente) se fueron consolidando «...*los elementos de un lenguaje laboral sexuado, discriminatorio y marcado por la noción de subordinación...*» (Lobato, 2007: 24) y, en los "tiempos cortos" se pueden vislumbrar, y así analizar, situaciones de conflictos donde se balbucean los intereses de clase y

de género en los obrajes yerbateros de la región misionera.

YO ME CRIÉ EN LA TAREFA Y NO SÉ HACER OTRA COSA, CUANDO ME DÍ CUENTA YA ESTABA TAREFEANDO¹

El período de cosecha de yerba mate abarca los meses que van de abril a octubre donde se realiza el grueso de la cosecha y en menor proporción en los meses de diciembre y enero conocida regionalmente como "zafría de verano". La tarea rutinaria empieza cuando pasa el contratista con un camión a buscar a los obreros en su domicilio, entre las 4 y 5 de la mañana. O más bien, si es un yerbal alejado, los asalariados acampan por

15 días en los yerbales a la intemperie o bajo carpas (improvisadas) de polietileno. Una vez en el yerbal, se comienza a cosechar ni bien haya suficiente luz (lo que varía de acuerdo a la estación del año). El tiempo trabajado por día varía de

"(...) Es mucho más fácil modificar los hechos de la naturaleza que los hechos de la cultura"

(Virginia Woolf, Una habitación propia)

10, 12 e incluso 14 horas.

Durante la cosecha, se realiza un proceso denominado "corte y quiebre", donde los tareferos -hombres, mujeres y niños-, cortan cuidadosamente las ramas cargadas con hojas empleando la mano, tijera o serrucho según la capacidad adquisitiva de herramientas, y las quiebran separando las más gruesas de las hojas aisladas. Otra técnica de uso constante, es el "viruteo", que consiste en extraer manualmente sólo las ramas finas, sin provocar heridas en la corteza de la planta. Una vez cosechada la planta, se procede a recolectar y acumular las hojas y ramas seleccionadas en lienzos de arpillerá conocidos como "ponchadas" para formar un atado, llamado "raído", donde se acumulan los kilos de hoja verde cosechada. De esta forma, se disminuye el material recogido y se facilita el traslado del raído hasta el camión, esto es necesario porque casi la totalidad de los raídos contienen 100 kilos de yerba cosechada.

La tarea final consiste en pesar y cargar los raídos en el medio de transporte -camión de carga-

¹ Sara, mujer cosechadora de yerba mate de 55 años. El subtítulo pertenece a una frase significativa de la entrevista.

para su traslado (Roffredo, s/f). Estas tareas las realizan mujeres y varones por igual, pero frente a los obreros rurales masculinos, las mujeres guardan una clara situación de desventaja, en las cuadrillas de cosecheros se suelen conformar pequeños grupos de trabajo, por división sexual. Esta división sexual evidencia una "regla silenciosa" creadas por los mismos tareferos según su edad y sexo. Los varones cosechan con varones, la mayoría de las veces, y las mujeres cosechan con otras mujeres a la vez que cuidan a sus hijos.

De igual manera, el pesaje de la hoja verde y la paga de lo producido se realiza de manera individual, es allí donde las mujeres evidencian que reciben una paga menor por igual tarea que sus pares varones, además de recibir permanentemente ordenes del capataz de cuadrilla y muchas veces de sus compañeros varones (padres, esposos, hermanos).

Estas imágenes sociales ancladas en lo masculino hegemónico, siguen generando diferencias simbólicas y materiales entre los sexos, ya que se vuelve a anular al sujeto femenino como aportante de trabajo (condicionamiento simbólico y material), en este sentido, las imágenes de lo masculino circulan en la vida social y, en este caso, en los espacios laborales influyendo y condicionando las estructuras cognitivas de los/as sujetos y, a la vez, suprimiendo al género femenino su reconocimiento. En este sentido, las tareferas no son tareferas sino **tareferos**.

Las mujeres tareferas sostienen que hacen un "trabajo de hombres", ello en consonancia con la división social de trabajo, la que tiene dos principios organizadores: *principio de separación* (Kergoat, 2002), es decir, hay trabajos de varones y hay trabajos de mujeres cada cual relacionado al género al que pertenecen; y *el principio jerárquico* (Kergoat, 2002), donde se establece que el trabajo realizado por los varones tiene mayor valor y, por ende, mayor jerarquía. Las mujeres visualizan esto año tras año, los capataces y jefes de cuadrillas son varones.

Las tareferas a la vez que cosechan, se encargan del cuidado de sus hijos, de las tareas cotidianas de limpieza y cocina, ya sea mientras estén de campamento o en sus hogares. Esta enorme masa de trabajo, es realizada gratuitamente por ellas, es un trabajo invisible que se lleva a cabo para otros y siempre es en nombre de la naturaleza y del deber maternal (Kergoat, 2002).

Esto tiene relación directa con la «paradoja de la doxa» (Bourdieu, 2000:12), donde el orden imperante con sus relaciones de dominación, se eterniza y acentúa en la sociedad con facilidad (Bourdieu, 2000). Entendiéndola como los supuestos, los sobreentendidos que constituyen

el sentido común, pero también como dominación naturalizada que se hace habitus (Bourdieu, 2000) entre los cosecheros de yerba mate.

Esta relación social presente y persistente entre los asalariados agrícolas cosecheros de yerba mate, es posible debido a «*la lógica de la dominación ejercida en nombre de un principio simbólico conocido y admitido tanto por el dominador como por el dominado*» (Bourdieu, 2000:12) que encuentra justificación social en las características y distinciones corporales biológicas.

A raíz de lo anterior, se ha incorporado una perspectiva de análisis que considera que las relaciones laborales y los procesos organizativos dentro de la tarea como modo de subsistencia, no son neutros e incorpóreos, por el contrario, se asientan sobre la base de las diferencias sexuales (Acker, 2000 en Vázquez Laba, 2009:3). La existencia de un predominio de la representación del cuerpo del hombre y de la masculinidad en los procesos organizativos laborales margina a las mujeres produciéndoles consecuencias materiales y simbólicas en su entorno social.

« *Entonces... ahí se levantamos [sic] y se vamos al yerbal [sic] y si es capuera y la yerba está fea, nosotros con nuestros hijos vamos igual y ahí dejamos debajo de una sombra a ellos sentados [menores de 5 años] y ahí entonces tarefeamos, entonces cuando llora el que mama, la mamá para, para darle de mamar al chico y el que toma leche ya lleva la mamadera para tomar leche, entonces... cuando duerme ahí se arreglamos [sic], tumbamos los pastizal [sic] con un palo y le hacemos la camita y ellos duermen ahí mientras nosotras cosechamos. Es todo un peligro porque en una capuera alta corren el riesgo de que le pique una víbora, que le pique una araña o una avispa. Es todo un problema, nosotras las mujeres tareferas sufrimos mucho más que los hombres, porque el hombre cuando va, va sólo, va y arma su campamento en cualquier lado y duerme y para nosotras las mujeres tareferas es muy difícil porque ya tenemos que llevar nuestros hijos y es todo un problema porque **trabajamos más y nos pagan menos**» (Sonia, 25 años, Oberá)*

El aumento de la participación de las mujeres en el mercado de trabajo yerbatero no ha sido acompañado de un cambio en las relaciones de género que disminuya su carga de trabajo en el hogar o el cuidado de los hijos, por lo que es im-

portante destacar las implicancias que tiene esta doble presencia y las diferentes estrategias desarrolladas por las mujeres para desempeñarse en ambos ámbitos, alternando la tarea con el rol de madre casi al unísono.

Las mujeres no reniegan de su condición de madres y obreras rurales; tampoco reclaman al sexo masculino compartir el cuidado de los hijos, porque dicha tarea está asignada en la división de los sexos, encontrándose en el orden de las cosas, para referirse a lo que es normal y natural y por lo tanto, inevitable (Bourdieu, 2000:21). Más bien, rezongan el no tener la maternidad asegurada en los puestos de trabajo, pues con el peso de la maternidad las labores como cosecheras se hacen más pesadas y, al final, incluso la paga es menos que la de sus pares masculinos.

Esto está anclado en la cultura hegemónica masculina, es decir que « (...) *la dominación masculina es hegemónica, lo cual significa que está fundada en el consenso o los valores compartidos más que en el control directo o la represión*» (STØLEM, 2004: 34), vive incorporada en los cuerpos y en los hábitos de la cotidianidad de las mujeres y hombres tareferos en el «*mundo social*» (Bourdieu, 2000), donde es legitimado por las diferencias biológicas y, por ende, naturalizado.

Al sugerir que las relaciones de género en el mercado laboral se caracterizan por una masculinidad hegemónica, no significa que hay una total dominación cultural, social, política o económi-

ca de los hombres sobre las mujeres y una total subordinación de éstas, porque también existen desacuerdos, conflictos y resistencias tendientes a modificar ciertas ideas de género y prácticas (STØLEM, 2004: 34). Aún así, la presencia del orden masculino se descubre en el hecho de que se abstiene de cualquier fundamentación o defensa, por ello, la visión androcéntrica se impone como neutra en las relaciones sociales entre los obreros rurales, porque tiene una inmensa máquina que lo ratifica llamada orden social (Bourdieu, 2000). A través de ella, se asignan las tareas –en ámbitos laborales o no- espacios, momentos, etc.

De este modo, se puede afirmar que estos tipos de relaciones construyen el cuerpo -de los tareferos- como realidad sexuada y como depositario de principios de visión y de división sexuantes; y es por esto, que las mujeres no reniegan de su rol de madres y trabajadoras (una de las más vulnerables en el circuito productivo yerbatero) en el mismo espacio, porque lo aceptan como un acto “correcto”, naturalizado como tal en la esfera social, producto de que sus «*actos de conocimientos*» sobre sus desigualdades de género, son inevitablemente, unos «*actos de reconocimiento*», de sumisión. (Bourdieu, 2000: 26). Y su trabajo como tarefera, por ser considerado penoso, no es percibido como una tarea asignada al sexo femenino y ello las lleva a considerarlo, como parte de la inquina de poder en los yerbales, “un trabajo de hombre”.



Juan Amadeo <http://redproteger.com.ar/safetyblog/?p=9345>

BIBLIOGRAFÍA

- Acker, J. (2000). Jerarquías, trabajos y cuerpos: una teoría sobre las organizaciones dotadas de género. En Vázquez Laba, V. (2009). Como hombres trabajando: participación laboral femenina con marcas de desigualdad de género en la agroindustria citrícola de la Provincia de Tucumán, Argentina. En Revista: Espaço de Diálogo e Desconexão. Araraquara. V.1, n° 2. Jan./Jul.
- Aparicio, S.; Benencia, R. (1999). Empleo rural en tiempo de flexibilidad. Buenos Aires : Ed. La Colmena.
- Bourdieu, P. (2000). La dominación masculina. Barcelona. Anagrama.
- Bourdieu, P. y Wacquant, L. (1995). Respuestas por una antropología reflexiva. México : Grijalbo.
- Flores, L. S. (1998). Nuevas experiencias productivas y nuevas formas de organización flexible del trabajo en la agricultura mexicana. México : Juan Pablo editor.
- Guha, R. (2002). Las voces de la historia y otros estudios subalternos. Barcelona : Editorial Crítica.
- Harvey, D. (1989). La condición de la posmodernidad : Investigación sobre los orígenes del cambio cultural. Buenos Aires : Ed. Amorrortu.
- Jaquet, H. (1998). Los historiadores y la producción de fronteras : el caso de la provincia de Misiones (Argentina). Recuperado de: <http://www.unesco.org/most/jaquet.htm>
- Kelli, J. (1999). La relación social entre los sexos: implicaciones metodológicas de la historia de las mujeres. En: Navarro, M; Stimpson. Sexualidad, género y roles sexuales. Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica.
- Kergoat, D. (2002). División sexual del trabajo y relaciones sociales entre sexos. En: Hirata, H. Diccionario crítico del feminismo (pp. 66-75). Madrid : Ed. Síntesis.
- Lobato, M. (2007). Historia de las trabajadoras en la Argentina (1869-1960). Buenos Aires : Edhasa.
- Rau, V. (2012). Cosechando yerba mate: Estructuras sociales de un mercado laboral agrario en el Nordeste argentino. Buenos Aires. Ciccus.
- Roffredo, R. Trabajo infantil rural en la zafra de la yerba mate. Recuperado de: http://www.aset.org.ar/congresos/10/ponencias/p13_Roffredo.pdf
- Schiavoni, G.; Urquiza, Y. (2000). Fuentes orales : Historia y Antropología. Posadas : Ed. Universitaria.
- Stølem, K. A. (2004). La decencia de la desigualdad : género y poder en el campo argentino. Buenos Aires : Antropofagia.